

**limbo**

Núm. 31, 2011, pp. 119-123

ISSN: 0210-1602

## DOCUMENTOS

### Santayana en Harvard\*

C. I. LEWIS

Poco después de la muerte de Santayana, acaecida en Roma el 26 de septiembre de 1952, el *Journal of Philosophy* le dedicaba un número doble (Vol. LI, No. 2, 21 de enero de 1954). En él se recogían algunos de los ensayos leídos meses antes en sendos homenajes a su memoria, uno del Departamento de Filosofía de Harvard y otro del de Columbia. En este último, celebrado en el Harkness Academic Theatre el 12 de mayo de 1953, intervinieron Ernest Nagel, John Herman Randall, Jr., Justus Buchler, Daniel Cory e Irwin Erdman. En Harvard, la sesión había tenido lugar el viernes 30 de enero de ese mismo año. La sede fue el Aula D de Emerson Hall, la misma en que Santayana impartió sus clases, y en el mencionado número de *JP* se publicaron las contribuciones de Donald C. Williams y Frederick A. Olafson, así como la evocación con la que C. I. Lewis abrió el acto y que reproducimos aquí.

C. I. Lewis pronunciaba estas palabras el mismo año en que se jubilaba en Harvard de la cátedra Edgar Pierce de Filosofía, que venía ocupando desde 1946. Su predecesor había sido Ralph Barton Perry, y su sucesor iba a ser Willard van Orman Quine, que la ostentaría desde 1956 hasta 1978. Lewis había sido alumno de Santayana entre 1902 y 1905, mientras se graduaba en Filosofía, y luego entre 1908 y 1910, en su periodo de doctorado. Durante el año siguiente fue además su colega, al permanecer Lewis como ayudante del Departamento por unos meses. Cuando Santayana abandonó Harvard, en 1912, el joven Lewis ya se había marchado a Berkeley. Regresó definitivamente en 1920, en tanto que, como sabemos, Santayana no lo hizo nunca más.

La figura de C. I. Lewis marcó una transición fundamental en la historia del pragmatismo, pero también en la historia de la filosofía en Harvard. Había estudiado con James y con Santayana, y creció luego bajo la tutela de Perry y de Josiah Royce. Curtido en el estudio de los manuscritos de Peirce, se especializó en la lógica simbólica y entró en diálogo con la primera ola del positivismo lógico. Las obras que lo encumbraron —*A Survey of Symbolic Logic* (1918), *Mind and the World-Order* (1929) y *An Analysis of Knowledge and Valuation* (1946)— fueron otros tantos hitos en la fusión de pragmatismo y filosofía analítica que daría sus mejores frutos en algunos de sus alumnos, entre los que se contaron Quine, Goodman, Frankena, Chisholm, Firth, Davidson, Kuhn y Putnam.

Aun ejerciendo esa función crucial de bisagra entre el “viejo” y el “nuevo” Departamento —o quizá precisamente por ello—, Lewis representaba ya el tipo de filosofía académica, técnica y metódica, con la que Santayana nada quería tener que ver; y representaba también el Harvard profesionalizado y “eficiente” que fue viendo surgir a su alrededor, tan ajeno a su ideal de cultura. En esta elegante semblanza que hizo de su antiguo profesor hay admiración y respeto; pero hay, sobre todo, una intensa lejanía, que sin embargo no se explica sólo por los años transcurridos, o por los cambios en la profesión y en la institución. Como deja entrever Lewis, Santayana no fue nunca un hombre cercano, ni a sus colegas ni a Harvard. En cierto modo, el fantasma evocado en la ceremonia conmemorativa ya lo era cuarenta años atrás, cuando se sentaba en aquella misma aula a impartir su clase.

Ángel Manuel FAERNA y Ramón DEL CASTILLO

Mi papel en este acto es secundario. Mis colegas del Departamento van a hacerles enseguida una descripción de Santayana extraída de sus escritos filosóficos. Se supone que yo debo situar al hombre mismo frente a esa imagen y conectarlo con este lugar. Se han dirigido a mí por ser el único miembro actual de Emerson Hall que alcanzó a ver a Santayana entre estas paredes.

En efecto, hará algo más de cuarenta años él estuvo exactamente donde yo estoy ahora. En otro horario ocupaba la mesa del Aula F para dar su clase sobre los diálogos de Platón. Y yo estaba allí. Pero, aun así, el privilegio que hoy se me concede a duras penas me corresponde a mí. Hay otros que lo conocieron mejor, y algunos de ellos —notablemente, Ralph Barton Perry— lo han evocado con más conocimiento y desde una seguridad que yo no podría tener. Mi familiaridad con él era sólo la que puede tener un alumno con un profesor al que admira y cuyas dotes envidia, y, durante un año, la de un colega mucho más joven que seguía sentándose al fondo de su clase y de vez en cuando tenía el privilegio de charlar con él después de las lecciones. Me voy a ceñir a lo que observé con mis propios ojos. La suya era una personalidad demasiado compleja para que yo pudiera penetrar en ella, tanto entonces como ahora, o para que se la pueda transmitir aquí a ustedes con unas cuantas palabras apresuradas.

La impresión externa era un tanto impactante, y la conservo intacta. Todavía puedo verle entrando por la verja de Quincy Street: una figura más alta que la media, erguida y bien arreglada, con un andar suelto como el de quien alguna vez aprendió a desfilarse. Parecía atento a cualquier cosa que pasara a su alrededor, pero sin implicarse en ello —un poco distante quizás, como si sus pensamientos estuvieran en otra parte—. Llegaba de sus habitaciones luciendo un largo capote militar en vez de abrigo, y puedo verle quitandoselo a la puerta con una revolera. La tez era algo más oscura de lo normal, indicio de su ascendencia española, y sus ojos se hacían notar enseñuados. Los rasgos, y la presencia en general, tenían lo que sólo puedo sugerir con la palabra “aristocrático”. Con los oportunos cambios de indumentaria, podría haberse dicho que acababa de salir de un cuadro de Rembrandt. Estas características fueron captadas del modo más admirable por Denman Ross en su retrato al óleo. Y en la fotografía que, ocho o diez años después, le tomó en Italia George Silk, de la revista *Life*, uno ve todavía al mismo Santayana, un poco vencido por los años y con los rasgos algo más profundamente marcados.

En el aula sus maneras eran tranquilas y pausadas, y su modo de hablar más propio de quien conversa que de alguien que dicta una lección—por lo menos en la clase más reducida sobre Platón, la que mejor recuerdo y, en mi opinión, la que mejor le definía—. Incluso en las clases con más alumnos daba una impresión parecida a la que también producen sus libros, como si presentara sus ideas fácilmente y tal como le iban llegando. Pero, en todo lo que decía, la adecuación y la claridad de las palabras daban la medida de su extraordinaria habilidad con el lenguaje; y la exposición, aunque tuviera ese aire de seguir como si nada el curso de sus pensamientos, siempre resultaba fluida y bien ordenada.

Se dejaba interrumpir por las preguntas de los alumnos y escuchaba cualquier intervención nuestra como si realmente se tratara de una reunión para intercambiar ideas y no para recibir enseñanzas. Eso sí, se veía claramente que no le interesaba la discusión, aunque jamás se aprovechó de sus prerrogativas de profesor para obviarla. Sucedió más bien que las diferencias de opinión parecían no ir con él, salvo que se tratara de las de Sócrates con sus interlocutores. Creo que pensaba que la comprensión filosófica no era algo que pudiera progresar a base de debates. Uno ofrecía su propia intuición. Otros captarían lo que uno quería señalar o, en fin, quizá no saltara la chispa, en cuyo caso de poco serviría a la comprensión demorarse en ese episodio de comunicación fallida.

En las clases sobre Platón, avanzaba por el diálogo en cuestión casi siempre de manera lineal, y era como si siguiéramos a un líder que portara una antorcha. Lo que antes era penumbra se iba iluminando poco a poco, y aquellos contornos y detalles que aparecían oscuros quedaban enseguida a la vista. A veces hacía incisos sobre alguna cuestión relacionada con la Grecia antigua, o con el contexto histórico, o sobre cierto punto del pensamiento de Platón que nos mostraba señalándonos algún pasaje relacionado de otro diálogo. Y en algunas de esas digresiones materializaba ante nosotros la Atenas de Sócrates y Platón como si la Acrópolis estuviera en Beacon Hill, o como si se pudiera asistir a la Academia en plena sesión haciendo una excursión hasta Copley Square.

No hace falta decir que la impresión que me formé de Santayana fue la de una personalidad *sui generis*. Cualquier comparación sería inútil. Poseía una mente de una sensibilidad y discernimiento notables, tanto intelectualmente como en esas otras percepciones más sutiles que no se pueden reducir a mera intelección, ni obtener mediante la inferencia y la lógica. Pero, con todo, era una mente fría, que podía captar y apreciar con comprensión nuestras humanas ensoñaciones y mitificaciones, y participar de las aventuras de la imaginación, pero incapaz de comprometerse con ninguna ilusión edificante o de confundir lo romántico con lo real. Era primordialmente —tal es mi impresión— una mente espectadora que disfrutaba el espectáculo de la vida humana y hallaba satisfacción en la contemplación, pero que al mismo tiempo mantenía una cierta distancia psíquica con el drama así observado, guardando siempre una integridad interior inmune a tales episodios, y su propia e irrevocable intimidad.

Un hecho que da fe de mi limitada capacidad para traer ante ustedes a Santayana es que nunca he entendido cómo alguien que enseñaba tan bien y con tanta facilidad, que parecía tan en su ambiente cuando lo veía desde mi pupitre, y que conversaba de un modo tan encantador y generoso con un joven y novato ayudante, podía no disfrutar de la docencia y de las relaciones que lleva aparejadas. Sin embargo, así era. Sigo estando seguro de que encontraba algo de satisfacción en ella —de lo contrario, habría sido un actor mucho más consumado de lo que parece creíble—. Pero no le era suficiente.

Mi última conversación con él tuvo lugar el verano siguiente a que abandonara nuestra universidad, en 1912, y me dijo que esas fueron las razones de que decidiera retirarse de la Facultad de Filosofía de Harvard y de la docencia. Salvo por una o dos cartas, ya no tuve ningún contacto más con él.

#### NOTAS

\* “Santayana at Harvard”, *The Journal of Philosophy* 51.2 (1954), pp. 29-31. Traducción de Á. M. Faerna.